

Cero grados.

Cero grados, ni frío ni calor. El gorro de punto de mi abuela calado hasta las cejas. Mis botas de descanso hacían crujir la nieve bajo mis pies, mientras me dirigía sin mucho entusiasmo a casa de mis tíos. Sí, era veinticuatro de Diciembre, Nochebuena.

Lo único que me gusta de la navidad es la nieve. No me gustan ni las luces que adornan las calles, ni la gente sonriendo y deseándose cosas buenas solo porque deben hacerlo. No me gusta hacer las cosas para quedar bien, y sé que ahora mismo estaréis deseando saber mi edad para confirmar vuestros prejuicios. Pero no os voy a dar ese gusto.

Como os iba contando mi destino era la calle San Francisco, número once. Llegué de los primeros y después de saludar, me acerqué a mi abuela y a mi tío que estaban ultimando detalles. Un apretón de mi tío y la incansable sonrisa de mi abuela fue lo que recibí después de ofrecermelo para acabar de preparar el postre.

La cena comenzó como siempre, con mi abuelo dando su discurso. Me gustaba oírle hablar, me reconfortaban sus palabras antiguas y sus conclusiones. Su manera de ver la vida en general. Un instante después de que terminara, me abalancé sobre el cordero y la ensalada. Mi padre me miró de esa manera en que odio que me miren, cuando no te dicen nada, y a la vez te lo dicen todo. Pero mi contestación se vio interrumpida por una voz estridente y aguda.

-Eric, ¿vienes a jugar conmigo?

Sí, era Guille, mi primo pequeño.

-Guille, hombre, déjame comer y cuando acabe jugamos al fútbol.

En su cara apareció una gran sonrisa, que dejó entrever que le faltaban algunos dientes. Era muy fácil hacerle feliz. Y de ahí salió el tema de conversación que deseaba con todas mis fuerzas dejar al margen: mi nota de latín.

-Oye Eric ¿no deberías estar estudiando?, porque tengo entendido que tienes tu immaculado expediente algo sucio.

Mi prima Rebeca, tan atenta como siempre.

-Tú misma lo has dicho: debería. De todas formas he de comunicarte, por si no te había llegado la información, de que te han quedado cuatro, futura arquitecta. Una sonrisa de satisfacción se adueñó de mi cara. A veces me sorprende a mí mismo de lo ingenioso que puedo llegar a ser.

-Yo por lo menos me pienso dedicar a algo con futuro, y no a desenterrar muertos. Y deberías aplicarte, no vaya a ser que resuciten y te hablen en latín.

-Tú eres la que menos futuro tienes de aquí, que te han quedado las mates, física y química, biología y lengua, querida.

Algo de razón tenía, debo aplicarme más con el latín. Pero es superior a mí. Es la verdura de los estudios. Amargo y útil sólo para el tránsito intestinal, o sea, para cagarse el día del examen.

-A Carlos nunca le quedó el latín. Deberías estar cansado de vivir siempre a su sombra.

¡Zas! Ahí. Donde más duele. Mi punto débil. Mi perdición.

En ese momento solo podía contemplar dos posibilidades:

- 1- Levantarme y hacer algo de lo que me arrepentiría en resto de mi vida.
- 2- Levantarme y salir de allí cuanto antes.

Escogí la segunda opción; nunca me ha gustado correr grandes riesgos.

Mientras me dirigía a alguna parte, mi cabeza no paraba de pensar, mi garganta estaba atascada por un inmenso nudo, y mis ojos a duras penas contenían las lágrimas. Sabía perfectamente que el alcohol no solucionaría mis problemas, pero al menos los aplacaría durante un rato. Y de esa forma, un veinticuatro de diciembre, supe de una vez por todas qué significaba estar completamente solo.

Veinticinco de diciembre, Navidad. La nevada del día anterior se había intensificado con creces a lo largo de la noche. Me dolía mucho la cabeza cuando oí sonar el móvil.

-¡Eric! Vamos levántate que ya va siendo hora. Hemos quedado a las cinco y media en la cuesta. Lleva el trineo rojo, y abrígate. ¿Eric, me escuchas?

-Mmm... vale, pesado. Adiós.

Colgué. Mis amigos. Tan oportunos como siempre.

Eran las seis menos veinte y todos me estaban esperando. Me disculpé, alegando que la sobremesa se había alargado demasiado.

-No importa. Vamos.- Dijo Juan con una gran sonrisa en la cara.

Era muy difícil hacer enfadar a mis amigos, y los admiro por ello, me han aguantado más que nadie.

Después de pasar una tarde entre risas, nieve y caídas, volví a mi casa notablemente más alegre de lo que me fui. Y para mi sorpresa había una carta de mi prima Rebeca encima de la cama. La rompí. No quería sus disculpas, ni siquiera que me dirigiese la palabra.

Y llegó nochevieja, año nuevo, y finalmente reyes. El día más esperado del año para mucho niños. Una lástima que yo hubiera dejado de esperar cosas hace mucho tiempo.

Decidí hacerle un regalo a mi hermano, se lo merecía más que nadie en este mundo. Una carta fue suficiente, aunque no supe plasmar en ella todo lo que me hubiera gustado. Empezaba así:

-Querido Carlos:

Te escribo esto como regalo de reyes. Espero que al menos la leas entera, haz el esfuerzo, por favor. Para mí tampoco es fácil esta situación. Muchas veces se me va de las manos, y necesito tu apoyo y tus consejos más que nunca. No sabes lo mucho que me gustaría que estuvieras ahora a mi lado. ¡Ah!, por cierto. Se me olvidaba decirte que la foto que está pegada en el parte posterior de la carta significa mucho para mí, y espero que también para ti. ¿Te acuerdas, no? Es del verano que nos fuimos a Grecia con papá y mamá. Del día en que me pusiste un helado a modo de sombrero, convenciéndome de que a mamá le encantaría. También me acuerdo de la bronca que te cayó, por gracioso. Y he de darte las gracias, con un poco de retraso, por el día en que te rompiste el brazo. Gracias, de verdad, por subirte a ese árbol para rescatar mi Batman. Sigo teniéndolo, y lo tendré, no te preocupes. Todos y cada uno de los momentos que he pasado a tu lado, son los que hoy forjan este texto. Gracias. Gracias. Gracias por todo. Nunca terminaré de agradecértelo, soy consciente de ello. Espero que te acuerdes mucho de mí. Cuídate hasta que pueda ir contigo.

¡Eh!, hermano: te quiero.

Bueno, más bien fue un intento inútil. Descubrí que eso de mostrar mis sentimientos, no era lo mío. Aún así decidí ir a llevársela, yo, personalmente.

Tuve que hacer acopio de las pocas fuerzas que me quedaban en ese momento, al traspasar las enormes puertas de hierro que daban paso al recinto. Allí estaba, camuflada entre las demás, aparentemente común. Pero solo aparentemente. Después de meter la carta en un plástico bien cerrado la pegué con cinta adhesiva sobre la tumba de Carlos. ¡Mierda! Se me había olvidado poner lo más importante. Saqué de

la mochila un permanente y plasmé nuestra frase al lado de la foto con la mejor caligrafía que pude:

-Éramos jóvenes, éramos arrogantes, éramos ridículos, éramos excesivos, éramos imprudentes, pero teníamos razón.

Elena Blanco Guadalupe 1ºA Bachillerato.